

POR la tierra de naranjos, en las comarcas de Castellón y de Valencia, se ha expandido una nueva orden de mendicantes. En los bares, en las barberías de los pueblos y en los puntos de contratación los labradores cuentan extrañas historias acerca de lo que algunos consideran una plaga sin insecticida. No se trata de la mosca blanca, sino de espiroquetas pálidas. El asunto comenzó hace un par de años.

Resulta que en el País Valenciano durante la temporada otoño-invierno hace una temperatura ideal con una amorosa tibieza de nido, muy recomendada por los satinados folletos de las agencias de viaje, un sueño para nórdicos, una receta de maestros espirituales para la paz del alma. Las playas están desiertas, las villas y los apartamentos prácticamente vacíos, en el campo hay mariposas, insectos y palomas. Todo compone un cuadro según el modelo superficial del Levante feliz. Además, los naranjos aparecen llenos de fruta, de modo que alargas el brazo para comprobar que tampoco llueve y te encuentras con una bola de oro en la mano. La gente de la tierra está ahora en la frenética faena de la recolección, a destajo, a tanto el kilo a pie de camión. Durante unos meses se gana dinero. Dos, tres, cuatro mil pesetas diarias, incluso más, según la habilidad, la tenacidad o la suerte.

La cosa comenzó hace un par de años. De pronto por los alrededores de algún almacén de exportación de naranjas, por los bares donde se forman las cuadrillas de recolección o en los lugares estratégicos a la hora en que los campesinos se concentran, equipados con capazo, alicates y comida para dirigirse al tajo, hace dos años aparecieron los pioneros de la orden. Normalmente se trataba de una pareja. El llevaba barba y pelambrea, gafitas redondas de montura dorada y vestía los andrajos de la contracultura. Ella se veía con la cara fregada con lejía, las conjuntivas de color amarillo limón, el pelo rizado a lo estropajo y una bata flácida hasta los tobillos. Pedían trabajo. Eran tipos exóticos y pacíficos con cierta beatitud, candidez o galbana que contrastaban con la ironía de aquella gente mediterránea, que, no obstante, los recibió como algo pintoresco que se exhibe, con

una secreta admiración por aquella libertad sin salvoconducto dulcemente predicada con el ejemplo.

Cualquier cuadrilla de recolectores de naranjas presumía de albergar alguno de estos seres lunares, llegados de la atmósfera sin destino. Se les ofrecía comida, vino reglamentario, cobijo, se les cedía el instrumental y se les enseñaba rudimentariamente las

vivir, una patata cocida, un puñado de cacahuets, una naranja y ya no te mueres. Si eres fuerte de espíritu, nada te tumba. El resto es tuyo.

Los labradores valencianos los siguen llamando "hippies", pero no son "hippies", aunque pueden aparecer como residuos sin rumbo, pasotas industriales o marginados en busca de un buen "flash". Forman un cuerpo am-

chapotea en las acequias, robos, pinchazos de automóvil, limosnas callejeras, comunas a pierna suelta, todo forma un conglomerado especulativo que tiene con la fiebre cogida a los propios del lugar. La gente tradicional achaca todos los males sin matices, incluida la sequía, a esta tropa de peludos piojosos que ha invadido el paraje. Los más sensatos dividen a estos mendicantes invasores en buenos y malos. Otros sólo sueñan con echarse al plato una pasota, probar ese mundo de libertad alucinada, la cuestión consiste en ligar de cualquier forma con alguna mendicante liberada y contarlo después en el bar. Los jóvenes las ven pasar por el ventanal y se montan una aventura imposible. Pero la semilla no cae en balde.

En el primer momento, la gente de la tierra aceptó con una naturalidad muy mediterránea el ritual de la nueva avanzadilla. Después de todo, los hijos de ese litoral están de vuelta de cualquier viaje, la divisa de este territorio te permite hacer cualquier cosa siempre que no molestes. Tampoco se trata de analizar aquí los problemas surgidos en la convivencia entre campesinos y pasotas temporeros. Esa mar ha curado a su gente de cualquier escándalo. Se trata de centrar la cuestión como lo que es realmente. De hecho, algunos miles de jóvenes marginados, contraculturales, restos de naufragio español y extranjero, libertarios hedonistas han acampado en los naranjales de Valencia como un fenómeno de religión agraria, una moda estética de subsistencia que va a crecer compulsivamente cada año. Al margen de cualquier reyerta accidental, ahí hay un tema profundo de análisis, una situación social muy rica en matices psicológicos, morales, económicos, religiosos y políticos.

Uno lo ve así. Este aluvión de jóvenes forma una secta de iluministas agrarios, una religión de mendicantes temporeros que cubre el paro con una estética solar y que a la larga va a producir una emoción cultural, una visión apocalíptica del milenario entre la gente afincada. Una forma distinta de existencia está ahí. Es un pacífico ejército de frailes libres y pobres que recorre los caminos enseñando con el ejemplo la manera de salvarse cada día. Es el anuncio de un cambio de era. ■

LOS NUEVOS SANTOS COGEN NARANJAS

MANUEL VICENT

artes de coger fruta a tirón. Los nuevos mendicantes llegaban sin chapa. A ritmo lento, a su aire, se incorporaban al trabajo colectivo, tomaban el sol, le daban al porro, conseguían algún dinero y un buen día se cansaban del rollo y desaparecían. Pero llegaban otros. Así se estableció el rosario de hormiguitas pasotas de la nueva religión agraria.

Alguien había dado el soplo feliz. Probablemente algún nativo escampado, estudiante en Barcelona, en Madrid o en Valencia había corrido la voz por las plazoletas iniciáticas, en los barrios donde campan los marginales de la contracultura de que en este tiempo en el litoral mediterráneo entre naranjos se está bien, hay buenas vibraciones y se puede hacer el amor en los quioscos de la música. En la escuela abierta en las aceras de la ciudad se intercambian ideas de fuga o fórmulas para sobrevivir juntos y se abren banderines de enganche. Hay muchas maneras de romper el dogal. De pronto comenzó a cundir la especie de que en los naranjales del País Valenciano estaba el paraíso otoño-invierno. Llegas allí, vas a tu aire, comes de lo que hay, duermes en cualquier terraza de playa, recoges fruta bajo el sol, te pagan bien y si te cansas te sientas. Los campesinos también están en la onda, aunque no lo saben; el campo te pone bien, te esmerita el cuerpo astral. A fin de cuentas el hombre necesita muy poco para

bulante que va de la pera limonera de Lérida a la vendimia de la Mancha, a la cosecha de naranjas como una fórmula de salvación perentoria o como moda de ponerse a ras de la supervivencia. Primero llegaron unas decenas de exploradores. Al año siguiente fueron algunos centenares formando pelotones. Esta temporada ha llegado el grueso de la expedición. Es un ejército compuesto por muchos miles de soldados dorados andrajosos que ha acampado en los pueblos, en los cobertizos, en las cárceles vacías habilitadas, en las terrazas de la playa y en casas particulares. No se ha planteado ninguna cuestión laboral. Esta gente no es competitiva. Lleva encima un desmayo o un relajamiento estético que no ha entrado en colisión con los intereses del jornalero indígena. Las chispas sólo han saltado con el choque entre dos formas de existencia o de entender la vida. Se trata de una crisis de convivencia.

En los bares oyes contar extrañas historias muy fabuladas por la imaginación. Visiones de orgías nocturnas, cuentos de navajas, escenas de droga colectiva, casos de blenorragia fulminante que ha enganchado a honrados padres de familia, una muchacha que ha muerto en el hospital después de haber hecho el amor con cien tíos de una tacada, asaltos a chalets donde los "hippies" montan una bacanal con velas, gente desnuda que